

Discurso en el teatro Principal

20 de mayo de 1921

El arte de hacer novelas.

Valencianas, valencianos:

Resulta un poco raro que Blasco Ibáñez venga a hablar aquí de Blasco Ibáñez novelista.

Hubiera sido poco pertinente pedir a un hombre que no fuera de la profesión, hablara de un novelista, pues nadie que no lo sea puede con propiedad tratar de la técnica, de lo que el novelista dijo, de lo que quiso decir, de lo que la gente le supone haber dicho.

Voy a hablaros de la novela en general antes que de las mías.

La novela es hija legítima de la literatura moderna, es la gran conquista de los tiempos actuales.

Su éxito no es tan rápido, tan fulminante como el éxito teatral, pero es más duradero.

En el teatro, durante el transcurso de pocas horas, uno completamente desconocido adquiere la mayor de las popularidades.

La obra de la novela es más sólida.

Todas las grandes obras teatrales, a los pocos años después de su éxito, parece que se metieron en un túnel negro y grande, perdiéndose de la memoria de las gentes.

Tan solo algunas consiguen salir por la otra boca del túnel y entonces quedan consagradas.

Vosotros sabéis de novelas que, a pesar de contar más de cien años de existencia, os dan todavía las más refinadas e inefables sensaciones de belleza.

En la época actual, y por tal entiendo lo que va del siglo XIX al XX, se ha producido el género novelesco, y cuando las generaciones venideras pregunten a estos siglos: ¿que habéis dado a la historia de la belleza?; ¿no disteis la poesía que hizo vibrar sus estrofas a la sombra del Partenón y de los olivos de Atenas?; ¿no fue producto de vosotros el teatro, la ficción escénica que en tan alto lugar colocaron Esquilo, Sófocles y Eurípides?; ¿no habéis dado nada a la literatura, al arte?, podrán contestar: «Sí, hemos dado al tesoro de la literatura, del arte, sensaciones de belleza de algo que era desconocido, hemos dado la música y la novela, las dos conquistas más grandes del pensamiento moderno».

La música ha existido en todos los tiempos, sobre todo la religiosa.

Con todo, podía decirse más bien que existían músicas, pero no la música en sí.

Antes del siglo XVIII y principios del XIX, solo era una manifestación religiosa que se desarrollaba en el interior de los templos.

Con los primeros vagidos de los sinfonistas alemanes, con Beethoven y luego Wagner, aparece y se desarrolla la música.

De la misma manera existía en la antigüedad la novela, aunque en sus aspiraciones no encarnaba la manera de ser de los pueblos.

En la época contemporánea, la novela adquiere una vida propia: el movimiento y la acción que le son característicos.

Fácil es de explicar la predilección que en aquellas lejanas épocas se tuvo por el teatro. ¡Para ir al teatro, no se necesita saber leer!

Aquellos hidalgos de capa y espada iban a aplaudir a Shakespeare y Lope de Vega, señores, porque, o no sabían leer, o no tenían costumbre.

En la Edad Media hubo un atisbo de novela en los cuentos de Boccaccio y la gran salida esplendente del sol con el *Don Quijote* del ilustre Miguel Cervantes Saavedra, el más preciado florón de la literatura española.

Pasan dos siglos, y cuando los pueblos aplauden la escuela democrática, cuando la Revolución francesa conquista los derechos y libertades del hombre, cuando los pueblos comienzan a saber leer, es cuando comienza el esplendor de la novela.

Las gentes buscan un medio para soñar, para elevarse sobre la vulgaridad de la vida.

Anatole France dice que la novela es el opio de los occidentales

Todos sabéis que los pueblos orientales, cuando necesitan alejarse de esta vida, cuando quieren elevar su espíritu por las deliciosas regiones del ensueño, acuden a la pipa de opio.

Nuestro opio es la novela.

Gracias a ella podemos soñar y vivir un mundo mejor. De aquí que la novela tenga esa popularidad.

No hay ningún propagandista que no acuda a ella para conmover a las gentes e infiltrarles sus ideales.

Rousseau, en la *Nueva Eloísa*, expone sus ideas filosóficas.

Lo mismo realiza Chateaubriand con sus ideas reaccionarias después de la Revolución y el Imperio, y así Lamartine, Victor Hugo y tantos otros.

La novela, en el género que corresponde a nuestra época, es una manifestación literaria propia de los siglos XIX y XX, y va a pasar mucho tiempo antes de que salga otro género que la modifique o anule.

En poesía se ve la marcha del género en la historia de todos los pueblos en una forma siempre igual que constituye casi una ley; a la poesía épica sucede la amorosa, y a esta, la

tragedia. Cuando se llega a épocas más adelantadas, a una mayor perfección literaria, se desarrolla la novela que es el conjunto, la floración de todas las manifestaciones artísticas anteriores.

La novela, al ser un arte esencialmente de evocación, es el más difícil de realizar.

En España y en otros países, se tiene un gran error fundamental con referencia al novelista.

Se confunde a este con el escritor.

Yo os digo que se puede ser un grande, un inmenso escritor y no ser un novelista; y por el contrario, pueden hacerse asombrosas novelas y no saber escribir.

Es preciso para ser novelista poseer un instinto de observación especial, un sentido de la evocación que puede faltar al mejor de los escritores, al que con mayor corrección maneje el lenguaje, que le resultará siempre seco, frío, pero es una cualidad esencialmente característica e imprescindible para el novelista.

Yo tengo unas ideas sobre la novela, que voy a exponer aquí, que son muy raras.

En París las expuse e hicieron pensar a muchos críticos.

Yo divido las novelas en tres géneros: buenas, malas y que no llegan a ser ni tan siquiera malas.

Una novela buena es fácil de distinguir. Para que una novela sea mala, necesita algo de originalidad, una equivocación que indigne al lector.

Lo terrible es que no llegue a ser ni mala siquiera, que el lector, después de recorrer trescientas páginas, al llegar al fin, cierre el libro y exclame: «Bueno, pues no me he enterado de nada».

La novela es un arte esencialmente de evocación, y nosotros los novelistas, a vosotros los lectores, os engañamos siempre.

Somos como prestidigitadores de la realidad y os seducimos con nuestro arte completamente falso.

Vosotros leéis una novela, una descripción, y pensáis: «¡Qué bien escrito está!» ¡Lo estoy viendo! Y no pensáis que aquello no es la realidad, es tan solo la evocación que de aquella se os hace.

Podrías decir: «Qué bien pintada está la realidad», si con nuestra pluma hiciéramos el papel de fotógrafos; pero no, somos pintores de muy pocas pinceladas.

Hacer el inventario de una persona de cabeza a pies, está al alcance de cualquiera.

Aquí entra el haber nacido novelista.

Si tenéis seis personas juntas, que visten igual, que sus características físicas son casi idénticas, la descripción de cada una de ellas, por minuciosa que fuera, nunca podría dar una idea exacta al lector que le permitiera reconocerlas en el transcurso de la obra.

El novelista halla seis personas juntas e instantáneamente ve el detalle, único, el rasgo distintivo, y con seis solas pinceladas, describe y quedan los seis tipos eternamente en pie.

Ya veis que esto es un poco difícil, que no hay ninguna Universidad en la que esto se enseñe.

Solamente he visto en la «University Columbi» (donde hay cátedras para todo lo conocido, una para enseñar a hacer novelas, que hasta tenía catedrático), un viejo profesor que explicó un día cómo hacía las novelas *míster* Ibáñez.

Y asistían numerosas señoras y señoritas y no pocos jóvenes.

Yo asistí a una lección y después de oírla, les dije francamente que aquello no servía para nada.

¡Si yo mismo hubiera sabido cómo hacía mis novelas, las hubiera hecho todas muy buenas!

Yo me examino y veo que ya no tengo la espontaneidad y frescura escribiendo que tenía en mi juventud.

Mi oficio lo sé hacer mucho mejor que entonces.

Soy como el músico que ha perdido la inspiración, pero que tiene ahora la ejecución más perfecta.

Si tuviera ahora que escribir aquellas primeras obras, indudablemente lo haría mejor; lo que no sé, es si tendría la gracia y la fuerza emotiva de entonces.

Aquello fue obra de juventud, cosas del momento.

En su asunto me preocuparía ahora seguramente más de los problemas de la literatura moderna.

Nuestra vida no es más que el movimiento de un péndulo, la cuna en que nos acostaron de niños que se balancea de un lado a otro y que perdura hasta en las manifestaciones más vulgares de la vida.

Lo mismo en la literatura que en todo, domina el eterno vaivén.

En los primeros tiempos de la novela, se buscaba una cierta armonía, una parte literaria a la que se supeditaba la obra en su mayor parte.

Balzac, Dickens, el mismo Víctor Hugo cuando hicieron novela, dosificaron el interés y la observación, concediendo, si cabe, en sus obras mayor importancia a la parte literaria.

Tras ellos, esto se rompe y comienza a dominar en las obras el interés.

Empiezan a surgir aquellas novelas de capa y espada que tan glorioso renombre dieron a Alejandro Dumas (padre).

El interés se exagera y fuerza a buscar aventuras disparatadas, y como reacción necesaria surge la escuela naturalista de la que fue el primer apóstol Gustavo Flaubert, a quien siguieron Goncourt, Daudet, Zola y otros.

En estas novelas vinieron los discípulos de estos a imitar las cosas malas, exagerando el naturalismo, llegando a determinar que para ser una novela buena no debía tener acción, y para suprimirla cada vez que adquiría una cierta vivacidad e interés colocaban una descripción como diciéndole al lector: la novela naturalista es muy seria, has venido a pensar.

Se dio el caso de un novelista de esta escuela, venerable veterano de las letras, que contará hoy 80 años, cuyo nombre no os diré, que realizó un verdadero «tour de force» en la novela que odia el interés.

Describió un matrimonio burgués que sale a pasear con sus niños; ven la calle, pasar tranvías, perros, coches, personas (y en esto emplea el novelista veinte capítulos). Siéntanse en un café; miran los parroquianos (veinte capítulos más). Suenan las ocho de la noche, márchanse a casa y con ello llega el fin de la novela.

Se cumplieron los cánones de la novela naturalista; no se incurrió en la vulgaridad del folletín que todo lo cifraba en el interés.

Al cabo de cincuenta años nos enteramos en España y convenimos en que la novela debe interesar.

Se puede compaginar la psicología con la acción de la vida.

Es algo así como esos relojes que tienen dos vidrios: por un lado se ven las horas; por el otro, la máquina.

La novela debe presentar el sentido interno de la vida, y, por otro lado, los actos materiales que la animan.

Hubo una revista francesa que preguntó cómo sería la novela después de la guerra. Yo fui uno de los que contestó, porque entiendo que jamás la novela responde al estado de alma de un pueblo.

En la vida, vamos siempre detrás de ese algo que quisiéramos ser y no somos.

En tiempos de la Revolución francesa, la gente iba a la plaza de la Greve para ver guillotinar y hasta se entusiasmaba al correr de la sangre, pareciendo lógico que amase una literatura trágica. Pues no, marchaba a leer las novelas pastoriles del caballero Florián.

En el período de Luis Felipe, los buenos burgueses que pertenecían a la milicia nacional, que no podían dormir sin encasquetarse un gorro de algodón colorado y que dejaban dirigir todos los negocios por la burguesa de su mujer, estos, leían las truculentas aventuras de *Los tres mosqueteros*.

Resulta, pues, siempre que nos gusta lo que no es la vida nuestra, sino todo lo contrario.

Por eso contesté a aquella revista francesa que cuando llegara la paz, la literatura sería todo lo contrario de la azarosa existencia de entonces; y, en efecto, los editores aceptan hoy toda clase de novelas con tal que no hablen de la guerra.

Dejad que después de hablar el Blasco conferenciante, os hable el Blasco novelista.

Haced abstracción de que yo soy yo. Y de esta forma podré comenzar como un profesor analizando mi obra.

La obra de Blasco son cuatro grandes grupos de novelas: valencianas, españolas, americanas y de la guerra.

Las valencianas, todos las conocéis. Las españolas, fueron producto de mis viajes, y no extrañéis que al citarlas olvide alguna, porque ¡ay del novelista que no sabe olvidar: ese está escribiendo toda la vida la misma!

El novelista debe ser como una especie de esponja que recoja toda el agua de la realidad al sumergirse en ella y que al exprimirse produzca la novela, quedando otra vez seco para una nueva inmersión.

Al tercer grupo, el de novelas americanas, pertenece *Los argonautas*, que pensaba fuera algo así como el prólogo de un tríptico semejante a *El Oro del Rhin*, en la trilogía de *El Anillo de los Nibelungos*.

La guerra interrumpió la realización de mis deseos.

Al grupo de las novelas de la guerra pertenece *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, o sea, la guerra en tierra. *Mare Nostrum*, la guerra submarina. *Los enemigos de la mujer*, la vida de los felices al margen de la guerra.

Las novelas de la juventud no sabéis en qué situación angustiosa las escribí. Ahora no tengo inconveniente en decirlo.

Vosotros no sabéis la miseria en que he vivido; ignoráis que hubo muchos días en que carecí del dinero necesario para comprar en el mercado los elementos necesarios para mi manutención, y fijaos, señores, que, entonces se decía de mí que era el amo de Valencia.

En vuestra playa, después de quince años de separación, me encontré un día con un señor a quien llamaban los pescadores «el retratero». Era Joaquín Sorolla que en aquellos momentos pintaba sus primeros cuadros, aquellos de los toros y de las barcas que luego fueron a parar a Londres y al Museo de Luxemburgo y que constituyeron la cimentación de su gloriosa fama.

Aquí, en estos momentos, ha pasado por mi cerebro la imagen de Sorolla y he de rendirle mi tributo de amistad y admiración al gran valenciano ilustre, tributo que quizá sea el último que pueda rendirle en este mundo.

Aquí veis cuán falsos y deleznable son los progresos del artista. Cuando se ve consagrado, inmortal, surge la parte física que arrebató la persona y que termina con una de las mayores glorias artísticas del mundo en pocos instantes,

Voy a escribir tres grandes novelas, evocación de la historia valenciana.

Una novela de la época actual, otra sobre el antipapa Pedro de Luna en la que trataré de reivindicar a los Borgias que son unos calumniados por ser españoles y valencianos, y otra sobre el descubrimiento de América, que se hizo con dinero de la ciudad de Valencia y es

preciso que lo sepan las naciones americanas, pero no os voy a hablar más de ello porque perdería toda novedad.

Y voy a terminar...

Pensad que una semana de homenaje es mucho homenaje.

Yo puedo deciros que considero un deber continuar la obra emprendida.

No estoy arrepentido de mi pasado; yo no he hecho a sabiendas mal a nadie; yo reconozco que he vivido gran parte de mi vida equivocado, y tened en cuenta que a veces la franqueza es una falta.

Yo he sido diputado, hombre político, agitador. En España esto lo pueden ser muchos. Novelistas son unos pocos menos los que pueden ser.

Como español y como valenciano, al conseguir ser tenido en algo como tal, creo es un deber persistir en esto como finalidad alta y patriótica.

Somos una de las naciones menos conocidas y más calumniadas de Europa.

Sobre nosotros pesa una cuenta larga de venganzas.

No son seguramente los hombres políticos y los gobernantes los que llegarán a la reivindicación de nuestra patria, porque estos tan solo hablan para los de dentro de casa.

Vosotros no conocéis al ministro del Interior de Francia ni al ministro del Trabajo, pero seguramente tendréis en la memoria muchos nombres de poetas, de novelistas, de filósofos y de artistas franceses.

Somos nosotros, los artistas, los que tenemos el deber de ir a los países extranjeros a proclamar muy alto que no somos un país de segundo orden; que trabajamos, que aportamos como el primero nuestra inteligencia y esfuerzo a la obra común de la humanidad.

El día en que yo considere que he llevado mi grano de arena a la reivindicación del nombre de nuestra patria, quedaré satisfecho de mi obra literaria, no por lo que ella sea en sí, sino por el servicio que haya prestado a España y a Valencia.